

dades, y expulsados á millares sus pobladores al continente, ó deportados á las Indias occidentales, y llenando el vacío que dejaron con colonos de sangre sajona y de creencia calvinista. Y ¡cosa singular! bajo la férrea mano de Cromwell comenzó á ofrecer la nación conquistada el aspecto exterior de la prosperidad: comarcas enteras, que no hacía mucho estaban tan salvajes como las en que lucharon los primeros colonos blancos del Connecticut contra los pieles rojas tomaron el aspecto del Kent y del Norfolk; viéronse surgir por todas partes nuevos edificios, caminos y plantaciones; la renta de las tierras se elevó rápidamente, y presto empezaron á quejarse los propietarios de la competencia que les hacían en todos los mercados los productos de Irlanda y á pedir leyes protectoras.

De Irlanda, el jefe victorioso que ya se denominaba lord general de los ejércitos de la república, lo cual era desde hacía mucho tiempo, aunque sólo de hecho, se trasladó á Escocia, donde se hallaba el joven rey. Carlos había consentido en hacer profesión de fe presbiteriana y en suscribir al *Covenant*, y en cambio de sus concesiones permitiéronle los austeros puritanos que imperaban en Edimburgo que tomase la corona y tuviera, dirigida y fiscalizada por ellos, una manera de corte solemne y triste. Pero esta sombra de realeza duró poco, porque Cromwell aniquiló en dos grandes batallas las fuerzas militares de la Escocia, y Carlos huyó, librando no sin grandes y azarosas dificultades á la suerte desgraciada de su padre, y quedando por tanto reducido el antiguo reino de los Estuardos, y por primera vez, á completa sumisión, sin que le restara ningún vestigio de aquella independencia defendida por modo tan viril antiguamente de los más poderosos y hábiles Plantagenets;

como que hizo leyes para Escocia el Parlamento inglés; que los jueces ingleses administraron justicia en ella, y que hasta la misma indomable Iglesia que ha mantenido sus prerrogativas contra tantos gobiernos apenas si fué osada entonces á proferir una queja.

LXI.

DISOLUCIÓN DEL PARLAMENTO LARGO.

Pero, si hasta entonces existió entre los soldados que subyugaban la Irlanda y la Escocia, y los hombres políticos que tenían asiento en Westminster apariencias á lo menos de armonía, el lazo que anudó el peligro lo cortó la victoria. Porque como el Parlamento se olvidara de que todo lo debía en realidad al ejército, y el ejército estuviera menos dispuesto que nunca lo estuvo á sujetarse á la obediencia del Parlamento, pues en realidad los pocos individuos que componían lo que con desprecio se designaba por el *Rump* (1) de la Cámara de los Comunes no tenían más derecho á llamarse representantes de la nación que los jefes militares, la disputa llegó en breve á su desenlace decisivo: Cromwell invadió la Cámara con sus soldados, el Presidente fué arrancado de su sitial, quitada la maza de sobre la mesa, despejado el salón y cerrada su puerta con llave. La nación, entretanto, que no gustaba de ninguno de los dos bandos contendientes, pero que se veía forzada por el momento á

(1) Palabra que tanto vale *grupa* ó *culata* del caballo como rabadilla ó asentaderas.—N. del T.

respetar la capacidad y la resolución del General, aun siendo ella capaz y de ánimo resuelto, dejó hacer, si no complacida, paciente al menos.

El Rey, la Cámara de los Lores y la de los Comunes habían sido, unos en pos de otros, vencidos y acabados, y parecía que Cromwell quedaba solo como único heredero de los tres poderes, con las limitaciones empero que le impuso el ejército á quien era deudor de su autoridad inmensa. El cual constaba de republicanos entusiastas y apasionados que, al reducir su patria completamente á la esclavitud, se forjaron la ilusión de hacerla libre y emanciparla, fundándose para ello en el libro que veneraban como fundamento de todo y que les suministraba un precedente invocado con harta frecuencia. Pues si bien la nación, ignorante y desagradecida, protestaba contra sus libertadores, procedió así también otro pueblo elegido con el jefe que lo condujo por terribles y penosos caminos de la tierra de la esclavitud á la en que manaban la leche y la miel, y no obstante, aquel jefe salvó á sus hermanos á pesar de ellos mismos y no vaciló en castigar de una manera ejemplar y terrible á cuantos despreciaron la libertad que les ofreció y echaron de menos las carnes y las cebollas, las opresiones y las idolatrías del Egipto. Y como el objeto de los *santos* belicosos que rodeaban á Cromwell era establecer una república libre y religiosa, estaban dispuestos para lograrlo á emplear sin el menor escrúpulo todos los medios, por violentos é ilegales que fueran. No era, pues, imposible asentar con su auxilio y cooperación una monarquía absoluta de hecho; mas también era probable al propio tiempo que retirasen su apoyo al jefe que fuera osado á tomar el nombre y dignidad de rey, aun bajo ciertas restricciones constitucionales.

El criterio de Cromwell era muy diferente, pues ya

no pensaba como antes; pero tampoco sería justo considerar los cambios sobrevenidos en sus opiniones cual si fueran consecuencias de ambición egoísta. Porque cuando acudió al Parlamento Largo, sólo aportó consigo de su retiro campestre muy escasos conocimientos, ignorancia completa de los negocios públicos y de la manera de manejarlos y conducirlos, y un carácter agriado por la tiranía del gobierno y de los obispos, y durante los trece años que siguieron, había recibido educación política no nada común, y sido uno de los actores principales de larga serie de revoluciones, y el alma y la cabeza de un partido, y mandado ejércitos, y ganado batallas, y hecho tratados, y sometido, pacificado y organizado reinos, y habría sido extraño que sus ideas continuaran siendo las mismas que cuando su inteligencia se hallaba principalmente absorbida por la religión y la agricultura, y los grandes sucesos que podían distraerlo de tales preocupaciones eran una feria de ganados ó un *meeting* para rezar en Huntingdon. Demás de esto, como vió que algunas novedades de las cuales había sido fanático partidario, ya fuesen buenas ó malas en sí mismas, tenían en contra el espíritu público de la nación, y que si perseveraba en el propósito de hacerlas prevalecer, sólo produciría disturbios y revueltas constantes, que habría de apaciguar usando constantemente de la espada, se propuso restablecer en todo lo esencial aquella Constitución secular del pueblo inglés que la mayoría de los naturales del país amó siempre y á la cual aun aspiraba fervientemente. Y pues la empresa realizada más adelante por Monk no podía ponerla Cromwell por obra, porque los recuerdos sangrientos de un día terrible separaban para siempre de la casa de Estuardo al gran regicida, no le quedaba otro recurso sino subir al trono y reinar con-

forme á la Constitución antigua de Inglaterra, designio que una vez realizado tendría eficacia, tal vez, para cerrar y cicatrizar en breve plazo las desgarradas heridas de la patria, poniéndose de su parte muchos hombres honrados y pacíficos, entre otros, aquellos realistas más adictos á las instituciones que á las personas, y á la existencia de la realeza que al rey Carlos I ó al rey Carlos II, y que acudirían luégo á besar la mano del rey Oliverio; y los pares que se habían retirado con enojo á sus quintas y se negaban á participar en los negocios públicos, volverían satifechos á ejercer sus antiguos cargos cuando los llamase á la Cámara de los Lores la convocatoria de un rey en posesión del trono; y los Northumberland, los Bedford, los Mánchester y los Pembroke tendrían á mucha honra llevar la corona, las espuelas, el cetro y el globo delante del restaurador de la aristocracia; y por tal modo, la fidelidad iría estrechando lenta, pero seguramente, los lazos entre la nación y la nueva estirpe, y á la muerte de su fundador podría trasmitirse la corona con asentimiento general á su posteridad.

Al parecer de los realistas más discretos era este plan equitativo y justo, y si Cromwell hubiera podido realizarlo, nunca se habría restaurado en el trono de Inglaterra la dinastía expulsada; pero estaba en oposición directa con los ideales de la única clase, á la cual temiera descontentar, pues no sólo detestaban sus soldados el nombre de rey, sino que algunos hasta se mostraban hostiles á que se concentrase la administración en manos de una sola persona. Empero aun cuando la gran mayoría estaba dispuesta siempre á dar su apoyo al General como primer magistrado electivo de una república contra todas las facciones que se opusieran á su autoridad, no por eso habria consentido en que tomara el título de rey, ni en que la rea-

leza, justa y merecida recompensa de su mérito personal, fuera hereditaria en su familia. Así es que todo cuanto estaba en sus manos hacer, era dar á la nueva república una constitución tan semejante á la antigua de la monarquía, cuanto permitiera el ejército. Y á fin de que su elevación al mando no pareciera obra suya exclusiva, convocó un Consejo formado en parte de personas con cuyo auxilio contaba en todo caso, y en parte también de otras cuya oposición no fuera peligroso arrostrar en ninguna circunstancia; pero esta Cámara, que apellidó él Parlamento, y á la cual puso el populacho el sobrenombre de *Parlamento Barebone* (1), del apellido de uno de sus más importantes individuos, despues de haber sido algún tiempo blanco de las burlas y del menosprecio popular, devolvió al General los poderes que sólo de él había recibido, y lo dejó en libertad de formar por sí mismo un plan de gobierno.

LXII.

PROTECTORADO DE OLIVERIO CROMWELL.

El proyecto de Cromwell tuvo desde el principio gran semejanza con la Constitución secular de Inglaterra; mas al cabo de pocos años creyó que no sería peligroso avanzar más y restablecer, bajo nuevas denominaciones y formas, casi todas las ruedas ó resortes del antiguo mecanismo. No se restauró el título de rey, pero se concedieron sus prerrogativas á un lord

(1) *Barebone* es esquelato en inglés.—N. del T.

Gran Protector; no se dió tratamiento de majestad al Soberano, sino de alteza; no fué ungido y coronado en la abadía de Westminster, pero sí entronizado solemnemente y con pompa regia en la sala de Westminster, donde ciñó la espada del Estado, se revistió de una toga de púrpura, y recibió en presente una Biblia magnífica; y aun cuando no se declaró heredatario su oficio, se le autorizó á designar sucesor, siendo indudable á todos que, llegado el caso, nombraría á su hijo.

Y como era parte necesaria de la nueva Constitución una Cámara de los Comunes, la creó, demostrando en su establecimiento una prudencia y acierto que no supieron apreciar con justicia sus contemporáneos, pues los vicios del antiguo sistema representativo, aunque á la sazón fuesen infinitamente menos graves que llegaron á serlo con el tiempo, notados por los hombres de buen advertimiento, se reformaron por Cromwell, inspirándose en los mismos principios que Pitt se propuso aplicar ciento treinta años más tarde, y conforme á los cuales se ha completado la reforma en la época presente. Quitó sus franquicias á los burgos, empleando para ello menos miramientos que los hombres de 1832, y aumentó mucho la cifra de los representantes de condados. Entre las ciudades no representadas, había pocas que hubieran adquirido importancia, siendo las más considerables Mánchester, Leeds y Halifax, á cada una de las cuales correspondieron tres diputados. También se aumentó la representación de Londres; y en cuanto al derecho electoral, se fijó de tal suerte que cualquiera ciudadano bien establecido, fuese ó no propietario de tierras, pudiera votar en el condado de su residencia; siendo designados para esta Cámara, que debía de hacer en Westminster leyes

aplicables á todas las partes de las Islas Británicas, algunos Escoceses y colonos ingleses radicados en Irlanda.

No era empresa tan fácil la de formar una Cámara de lores, pues si la democracia no ha menester del apoyo de la tradición, y ha podido la monarquía vivir muchas veces sin este apoyo, el orden de los patricios es obra del tiempo. Oliverio se hallaba frente á frente de una nobleza de antiguo abolengo, rica, poderosa, respetada y tan popular como no lo ha sido ninguna clase aristocrática, y si á título de rey de Inglaterra hubiese mandado á los pares que se congregaran y reunieran al Parlamento según antiguo fuero del reino, es indudable que muchos habrían obedecido; pero, como no podía proceder así, ofreció en vano á los jefes de las familias ilustres del país los escaños de su nuevo Senado, pues entendían los grandes que no les era lícito aceptar asiento en una Cámara nueva sin menoscabo de su dignidad y de su alcurnia, y sin ser traidores á su propia clase; viéndose obligado por tanto el Protector á llevar á ella hombres nuevos que se habían hecho notables los últimos años de tormentas revolucionarias. Por esta causa fué la empresa de crear una Cámara alta la menos feliz de todas las de Cromwell, disgustando á todos los partidos con ella, pues en tanto que los *niveladores* se irritaron contra él porque creaba una clase privilegiada, la multitud, que tenía respeto y amor juntamente á los grandes nombres históricos del país, hizo escarnio de un Senado cuyos bancos se veían llenos de carreteros y zapateros favorecidos de la fortuna, al cual habían sido llamados muy pocos individuos de la nobleza, y del que se alejaban con desprecio casi todos los de esa clase designados para formar parte de él.

Empero, buena ó mala, era de poca importancia práctica la organización de los Parlamentos de Olive-

rio, porque poseía los medios de dirigir sin su auxilio, y aun á pesar de ellos, la administración pública. Pero si su propósito parece haber sido el de gobernar constitucionalmente, sustituyendo la fuerza de la ley á la ley de la fuerza, presto echó de ver que, aborreciéndolo así realistas como presbiterianos, sólo le brindaba seguridad el absolutismo. Además, la primera Cámara de los Comunes, elegida del pueblo por su orden, puso en tela de juicio su autoridad y fué disuelta sin haber votado una sola ley; y la segunda, que lo reconoció como protector y lo hubiera proclamado rey sin vacilar, se negó resueltamente á reconocer los nuevos lores, poniéndolo en el caso de disolver el Parlamento, no sin exclamar: «¡Que Dios nos juzgue á todos y dé la razón á quien la tenga!»

Y en prueba de que á pesar de tan graves diferencias no se resentía por ello el gobierno de Cromwell, bastará decir que los mismos soldados que no consentían en verlo tomar el título de rey, se ponían resueltamente de su parte cuando intentaba realizar abusos de poder más grandes que los de ningún rey de Inglaterra; resultando de aquí que si el Gobierno parecía republicano en la forma, era en realidad despótico y sin otro freno que la prudencia, la moderación y la magnanimidad del déspota. Dividióse la Inglaterra en distritos militares, y se confirió su mando á otros tantos generales, que reprimían y castigaban con mano fuerte los movimientos y alteraciones del orden público, siendo el temor que infundía el poder de la espada inexorable, resuelta y experta de Oliverio tan grande, que hizo enmudecer al propio tiempo á Caballeros y niveladores, y dió lugar á que la *fiel gentry* (1)

(1) *Gentry* es la clase de personas superiores al vulgo; pero que no pertenece á la nobleza.—N. del T.

dijese, no sin protestar antes de su adhesión al régimen y á la dinastía derrocados, que si aun pudiera lucharse con la menor esperanza de suceso, lucharía; pero no para sucumbir sin provecho de nadie, como no fuera del Protector, en cuantos combates hubiese, inundando el suelo patrio de la sangre inocente y honrada de sus servidores y colonos. Desalentados con esto realistas y republicanos, y perdida toda esperanza en la guerra, comenzaron entonces unos y otros á meditar conjuras de asesinato; pero el Protector no se descuidaba: y como tenía puestos los ojos en ellos, cada vez que salía de las puertas de su palacio iba entre las espadas y corazas de sus fieles guardias, que formaban un baluarte á su alrededor.

Si hubiera sido un príncipe de instintos crueles, licenciosos y rapaces, la nación habría podido sacar fuerzas de la desesperación y sacudir airada el yugo del despotismo militar; pero es lo cierto que las vejaciones de que sufría el pueblo, si excitaban el descontento, no eran bastante grandes y fuertes para sublevar las muchedumbres y lanzarlas á exponer contra terribles probabilidades la vida, la suerte y el bienestar de la familia: que los impuestos, con estar más recargados que bajo el gobierno de los Estuardos, eran leves, comparándolos con los que pagaban las naciones vecinas, y teniendo en cuenta los recursos del país: que la propiedad estaba segura: que el Caballero que se abstenía de turbar el nuevo orden de cosas, podía vivir tranquilo y rehacer pacíficamente su patrimonio arruinado con los excesos de la guerra civil: que las leyes no sufrían menoscabo ni se violaban sino cuando la seguridad de la persona del Protector y de su Gobierno lo requirían: que la justicia se administraba con rectitud é integridad hasta entonces desconocidas: que la persecución religiosa no fué nunca más débil

desde la Reforma bajo ningún gobierno, y que si bien se consideraba todavía como indignos casi de la caridad á los degraciados católicos romanos, se permitió al clero vencido de la Iglesia anglicana el ejercicio de su culto á condición de no tratar en el púlpito de materias políticas, siendo autorizados para lo propio también los judíos mismos, (cosa que se les prohibió el siglo xiii), y para edificar una sinagoga en la capital, á despecho de la muchedumbre de mercaderes envidiosos y de teólogos fanáticos.

Por lo que hace á la política exterior de Cromwell, aun aquellos que más lo aborrecían, la aprobaban, y del propio modo que los Caballeros se dolián únicamente de que no fuese rey legítimo de Inglaterra quien tanto hacía por su gloria, confesaban los republicanos que si era tirano el Protector, no consentía tampoco á nadie que no fuese él oprimir la nación, y que, si le arrebató su libertad, al menos le dió gloria en cambio. En efecto, al cabo de medio siglo, durante el cual apenas había pesado la Inglaterra en la balanza europea tanto como Venecia ó Sajonia, se transformó de improviso en la potencia más formidable del mundo, dictó la paz á las Provincias Unidas, vengó los agravios comunes de la cristiandad contra los piratas berberiscos, venció las armas españolas por mar y tierra, se apoderó de una de las más hermosas islas de las Antillas, ganó en las costas de Flandes una ortaleza que consoló el orgullo nacional de la pérdida de Calais, y la hizo señora del mar, y cabeza de los intereses protestantes; como que todas las Iglesias reformadas esparcidas en los reinos católicos romanos reconocieron á Cromwell por su protector, y que los hugonetes del Languedoc y los pastores de los Alpes, cuyo protestantismo era más antiguo que no el de Augsburgo, se hallaron al abrigo de toda opresión

fuerced al terror que infundía su nombre. El mismo Papa hubo de aconsejar cordura y moderación á los príncipes católicos, sólo porque una voz que rara vez amenazaba en vano dijo: que si á los hombres de Dios no se les trataba con benevolencia, se oirían resonar los cañones ingleses al pie del castillo de Sant Angelo. Y en verdad, nada hubiera deseado tanto el Protector, en interés propio y de su familia, como una guerra religiosa general en Europa, porque habría sido el caudillo de los ejércitos protestantes, apoderándose del corazón de Inglaterra, y borrando con sus victorias y el entusiasmo unánime que produjeran en el país, comparable sólo al que hizo estallar la pérdida de la *Invencible*, la mancha que un solo acto de su vida, condenado por la opinión pública, echó sobre la limpia fama de su nombre. Pero, desgraciadamente para él, sólo pudo desarrollar sus admirables talentos militares en daño de sus compatriotas.

Mientras vivió, la firmeza de su voluntad fué objeto de odio, de admiración y de terror por parte de sus súbditos; y si bien es cierto que pocos de ellos lo amaban, no lo es menos que cuantos lo aborrecían, lo aborrecían menos que lo temían. Si hubiera sido peor, acaso habría podido ser derribado, á pesar de su fuerza y su poder; si hubiera sido más débil, habría sido derribado ciertamente, á pesar de cuanto valía; pero tuvo la prudencia y moderación bastantes para no cometer esos actos de tiranía que enloquecen de desesperación á los hombres, y la fuerza y energía necesarias para que solamente locos enfurecidos de la opresión se atreviesen á no temerlo.

LXIII.

RICARDO CROMWELL SUCEDA Á SU PADRE.

Se ha dicho y repetido con frecuencia, pero á nuestro parecer con poco fundamento, que Cromwell pasó de esta vida en la ocasión más oportuna para su fama, y que si su vida se hubiera prolongado, habría concluido probablemente sumido en la vergüenza y envuelto en ruinas; porque lo cierto y [averiguado es que fué hasta la hora postrera respetado de sus tropas, obedecido del pueblo entero de las Islas Británicas, temido de todas las naciones extranjeras, y sepultado después entre los antiguos soberanos de Inglaterra con tanta solemnidad y magnificencia como hasta entonces no se había visto, y que su hijo Ricardo le sucedió de una manera tan pacífica y tranquila como el príncipe de Gales que más sosegada y ordenadamente hubiera heredado al rey de Inglaterra.

Y durante cinco meses fué tan reposado y regular el curso de la administración de Ricardo Cromwell, que la Europa entera lo creyó sólidamente asegurado en el poder. De hecho, su situación ofrecía, bajo ciertos aspectos, más ventajas que la de su padre; pues no se había creado enemigos, ni manchádose las manos en la sangre de sus compatriotas. Los mismos Caballeros lo reputaban por *gentleman* cumplido y de buen natural, y hasta los presbiterianos, poderosos por el número y por la riqueza, y que se hallaron en guerra abierta y mortal con el Protector, se mostraban bien dispuestos y benévulos con su hijo; y

como este partido había deseado siempre que se restableciera la organización civil antigua del reino, si bien más claramente deslindada y con algunas garantías más sólidas para las libertades públicas, y tenía grandes motivos para temer el restablecimiento de la dinastía derrocada, Ricardo era el hombre de los políticos de esa clase, haciéndolo admirablemente propio para ser jefe de una monarquía limitada su carácter humano, sencillo y modesto, la medianía de su talento, y la docilidad con que se sometía en toda ocasión al consejo de personas más ilustradas que no él.

De aquí que pareciera muy probable durante un espacio que pudiese realizar bajo la conducta de hábiles consejeros lo mismo que su padre intentó en vano. Convocó un Parlamento según el antiguo sistema; los burgos pequeños, á los cuales se había despojado de sus franquicias, las recuperaron; Mánchester, Leeds y Halifax dejaron de enviar representantes, y el condado de York quedó de nuevo reducido á dos diputados.

Pero, si acaso parece singular y raro á una generación que se ha exaltado casi hasta la locura por el asunto de la reforma parlamentaria, que los grandes condados y las grandes ciudades se sometieran á este cambio con calma y aun complacencia, bien será decir que ya pensaron en ello entonces los hombres de consejo, reconociendo los vicios del antiguo sistema representativo, y previendo que estos vicios engendraban tarde ó temprano un mal práctico gravísimo, pero que todavía no era sensible. Por otra parte, aunque asentado en los más sólidos principios, no era popular el sistema representativo de Oliverio, en razón á que los sucesos que lo causaron y los efectos que produjo contribuyeron de consuno á predisponer los

ánimos en contra suya. Y como había nacido de la violencia militar y engendrado querellas solamente, la nación estaba cansada del imperio de la fuerza y aspiraba con ansias vivas al de la ley, siendo por lo tanto la restauración hasta de las anomalías y abusos estrictamente conformes á la ley, y que destruyó la espada, cosa que producía general entusiasmo.

Cierto es que había numerosa oposición en la Cámara de los Comunes, compuesta de republicanos declarados y de realistas encubiertos; pero en cambio, fuerte y compacta mayoría se mostraba propicia siempre á la idea de resucitar la Constitución antigua bajo nueva familia, siendo entónces Ricardo reconocido de una manera solemne por primer magistrado de la república, y consintiendo los diputados no solamente en dirigir los negocios con los lores nombrados por Oliverio, sino en reconocer por medio de una votación á los nobles que se pusieran de parte de las libertades públicas el derecho de tomar asiento en la Cámara alta sin más nombramiento.

Todo marchaba bien. Los hombres de Estado, cuyos consejos ilustraban á Ricardo, cumplían debidamente su cometido en bien del príncipe y de la patria. El Gobierno se hallaba formado casi de igual modo que al comenzar la guerra civil; y es indudable que si el Protector y el Parlamento hubieran podido seguir así su camino sin encontrar obstáculos, se habría establecido desde luego un orden de cosas semejante al que se creó más tarde bajo la casa de Hannover; pero había en el Estado un elemento suficiente á desbaratar los planes del Protector y de las Cámaras. Porque como Ricardo no ejercía sobre los soldados otra influencia que la inherente al prestigio de su nombre, ni los había llevado nunca á la victoria, ni vestido nunca el traje militar, y sus gustos é inclinaciones

eran pacíficos, sus opiniones y sentimientos en materia religiosa no merecían el aplauso de los *santos* militares; y como aun cuando era excelente persona, y dió de ello más sólida muestra que lo fueron nunca los suspiros y los sermones, probándolo con su dulzura y humildad cuando se halló en la cumbre de los honores y de las grandezas humanas, y con su tranquila resignación en medio de infortunios y adversidades crueles, y le infundía un disgusto, que no siempre tuvo la prudencia de ocultar, la jerga mística que á la sazón estaba de moda en los cuerpos de guardia, no eran sus amigos los oficiales de verdadero influjo en las tropas establecidas cerca de Londres. Eran estos hombres distinguidos por su esfuerzo y su conducta en los campos de batalla, pero faltos de la prudencia y valor cívico que poseía en tan alto grado su antiguo caudillo, y si bien algunos honrados, independientes y republicanos, todos adolecían de fanatismo. Fleetwood los representaba; otros estaban impacientes de ser lo que había sido Oliverio, exaltadas sus imaginaciones con su rápida elevación, su prosperidad y su gloria, la inauguración de su gobierno en la sala de Westminster y sus funerales tan suntuosos en la Abadía. Y como nada tenían que envidiarle por su nacimiento y educación, no acertaban á explicarse por qué serían indignos de vestir la púrpura y de llevar la espada del Estado; y perseguían, por tanto, el objeto de sus extrañas ambiciones, no de igual modo que Oliverio, esto es, con paciencia, vigilancia, sagacidad y resolución, sino de una manera inquieta é irresoluta, que es la propia de los ambiciosos vulgares, siendo, empero, la más notable de todas las malas copias de original tan extraordinario la de Lambert.